

El regreso de Utu

Moriría en casa. Así lo había decidido. Nada de hospitales, sin médicos ni enfermeras a mi alrededor. Solo mis amigos: Sana y Jivan.

Sana siempre había tenido una sensibilidad distinta. Según ella, la vida no terminaba con la muerte. Continuaba de alguna forma. Jivan y yo éramos demasiado terrenales y no compartíamos su visión, pero el tema aparecía a menudo en nuestras conversaciones. Una vez nos dijo algo que nunca olvidé:

—Algún día despertaremos y entenderemos que la muerte es parte del viaje.

Estábamos reunidos en el jardín de mi casa. Después de un invierno largo, frío y lluvioso, la primavera se abría paso en todo su esplendor. El aire era suave y olía a tierra mojada. Me fijé en una mariposa que revoloteaba cerca de nosotros. Últimamente hacía mucho eso: mirar los pequeños detalles de la vida. Quizá saber que me quedaba poco tiempo hacía que este mundo empezara a parecerme demasiado hermoso para ser real.

—Kala, estábamos recordando cuando te mudaste a esta casa y plantaste los jazmines.

Era Sana quien me hablaba.

—¿Puedes acercarme el vaso de agua? —dije—. Y tápame los pies con la manta, por favor.

—¿No preferirías estar dentro? —preguntó mientras me daba el vaso.

—Estoy a gusto aquí, recostada en el sillón junto a mis plantas.

—Lo digo para que no cojas frío.

—Sana, me paso los días metida en la cama. Hoy quiero estar al aire libre.

Jivan se acercó. Traía unas naranjas y empezó a pelarlas. El olor de la fruta se mezclaba con el de la tierra mojada. Antes de ofrecerme unos gajos, se aseguró de que estuvieran completamente limpios. Sana observaba en silencio, como si escuchara algo que nosotros ignorábamos.

Me recliné en el sillón y cerré los ojos. El sol me calentaba la cara. Pensaba en Sana y Jivan; ella tan dispuesta a dejarme ir, él tan desesperado por retenerme. Ese amor dispar se fundía con el aroma dulce y fresco de las naranjas, acompañándome mientras el sueño me iba envolviendo poco a poco. De repente, el olor a cítricos se transformó en un intenso aroma de flores desconocidas para mí.

Abrí los ojos.

Una figura vestida de blanco se aproximaba hacia mí. Era esbelta, con ropas ligeras que parecían moverse incluso sin viento. No sabría decir si era un hombre o una mujer. Me

SINJANIA. CURSO DE SEGUIMIENTO 2026. EJERCICIO 3. AMIGOS

incorporé sobresaltada. Mis amigos ya no estaban. El jardín de mi casa había desaparecido. En su lugar había una estructura diáfana, una estancia luminosa y sencilla. Del suelo aparecían suaves pedestales blancos sobre los que reposaban frascos llenos de esencias líquidas que cambiaban de color.

La figura se acercó.

—Hola, Kala. Nos alegra tenerte entre nosotros.

Respiré hondo. Cerré los ojos un instante y esperé despertar. Al abrirlos, aquella presencia seguía allí.

—No temas —dijo con suavidad—. Estás en casa.

Me tendió las manos y las tomé casi sin pensar.

—Mi nombre es *An*.

Al momento apareció otro ser con dos vasos de un néctar dorado.

—¿Eres fruto de mi imaginación? —pregunté.

An sonrió ligeramente.

—¿Acaso importa?

—¿Dónde estoy?

—En casa.

Bebimos el néctar en silencio. Comprendí que donde me encontraba no era un sueño cualquiera. El suelo no era suelo. Bajo nuestros pies se extendía una red de líneas suaves, igual que hilos de luz, que se cruzaban formando figuras. A cada paso cambiaban lentamente. Un triángulo se abría como una puerta, un plano se curvaba y se transformaba en un camino. Tuve la extraña sensación de que aquel lugar me estaba escuchando. Era como caminar dentro de un pensamiento que se desplegaba a mi paso. Otros seres esbeltos pasaban junto a nosotros. A veces surgían de una pared que segundos antes no estaba allí. Luego la pared volvía a disolverse en líneas luminosas.

Percibí mi cuerpo ligero, ingravido. De pronto me mareé. Las líneas bajo mis pies comenzaron a juntarse. Se curvaron con suavidad y en unos segundos formaron un banco que se acomodó a mi cuerpo con una precisión asombrosa, como si supiera exactamente cómo sostenerme. Pasé la mano por la superficie. No era madera ni piedra. Era tibia, suave, hecha de la misma luz tranquila que llenaba aquel espacio.

—¿Es posible que se estén simultaneando dos mundos? —Me dirigí a *An* y, al girarme, vi a *Jivan* sentado frente a mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Hablabas en sueños.

—¿Estaba dormida? —acerté a decir, incorporándome con esfuerzo. La gravedad de

SINJANIA. CURSO DE SEGUIMIENTO 2026. EJERCICIO 3. AMIGOS

mi cuerpo había vuelto.

—Sí, tranquila —contestó Sana—. Llevas un buen rato.

—Parecía real...

Empecé a toser. Sana me acercó un pañuelo. Luego se apartó y habló en voz baja con Jivan.

—Está muy débil. Es mejor que entremos.

—Quiero estar aquí —conseguí decir entre la tos.

Intenté levantarme, pero el esfuerzo me hizo toser con más fuerza. Cogí el pañuelo. Y, al apartarlo de mi boca, lo vi manchado de sangre. Jivan fue a buscar un teléfono, pero Sana le hizo una señal para que guardara la calma. Nada de hospitales. No se la veía asustada por el desenlace que llegaría antes que después.

—¿Habéis terminado las naranjas? —quise saber al aflojarse la tos.

—Sí, no te preocupes —respondió Sana con su voz dulce—. Ya hemos recogido. Tú descansa.

Me recosté otra vez. Las voces de mis amigos se oían lejanas, como si vinieran de detrás de una cortina gruesa. ¿Era el final? No sabría decir si tenía miedo.

El olor a flores volvió. An apareció de nuevo frente a mí.

—Ven conmigo —dijo—. No temas.

Caminamos.

Las líneas del espacio comenzaron a levantarse y cerrarse alrededor de nosotros. En pocos pasos estábamos dentro de una estancia amplia y silenciosa. Era curva, igual que el interior de una concha.

La luz era plateada.

En el centro había varias superficies alargadas; parecían pétalos abiertos. Sobre cada una descansaba uno de estos seres esbeltos. Del suelo crecían estructuras transparentes, como tallos de cristal. Dentro de ellos circulaban destellos lentos, igual que corrientes de luz. Las ramas de esos tallos flotaban alrededor de la cabeza de los durmientes sin tocarlos.

An señaló a un ser de piel casi traslúcida. Sus ojos estaban cerrados. Sobre su frente flotaba una lámina luminosa, suspendida en el aire. An pasó la mano por ella, la superficie se onduló y mostró la imagen de mi jardín.

—Sana, ¿cómo puedes estar tan serena? —preguntaba el Jivan de la imagen, con la voz rota.

—Porque no la estamos perdiendo —contestó ella—. La muerte es solo un tránsito.

—¿De verdad crees en esas cosas? Al morir, se acaba todo. No hay nada más.

SINJANIA. CURSO DE SEGUIMIENTO 2026. EJERCICIO 3. AMIGOS

—Kala está regresando a casa —respondió Sana con calma—. Esto es solo una experiencia efímera.

Sentí un mareo y me dejé caer en el banco de luz que surgió a mi encuentro. Aquel mundo parecía escuchar mis pensamientos. Miré a An.

—¿Qué significa esto?

—Que vuelves a casa.

—¿A casa?

—Tu inmersión ha terminado.

—¿Mi inmersión?

—La experiencia en la Tierra. La danza de la vida.

—Entonces... ¿no soy Kala?

An negó suavemente.

—No, *Utu*, es el efecto de la *Lila*. Kala fue la danza que elegiste bailar, un papel exigente, hermoso y profundo. El nombre que usaste mientras duró la inmersión.

Utu resonó dentro de mí igual que un recuerdo antiguo y me liberó del último rastro de miedo.

—Somos dioses —dijo An—. Venimos a experimentar la limitación, a aprender de la gravedad, a sentir.

Una brisa ligera me devolvió por un instante al jardín. Jivan me miraba preocupado.

—Sana... tenías razón... —murmuré.

Aunque las lágrimas me nublaban la vista, ya no había pesar.

—No soy Kala... soy... algo más...

—¿Está perdiendo la cabeza? —susurró Jivan, sujetando mi brazo en un intento de retenerme en este mundo.

—No, Jivan —contestó Sana—. Por fin la está encontrando.

—¿Sana?

—Estoy aquí, tranquila.

Noté su mano. El olor a flores volvió una última vez. La voz de An me llamó con suavidad. La sala de luz plateada se volvió dorada. An aproximó la mano a mi frente y los destellos que allí flotaban comenzaron a apagarse uno a uno. Cuando el último desapareció, abrí los ojos. Estaba dentro de una cúpula transparente. Fuera se extendía un mundo amplio y luminoso que, de algún modo, reconocí.

An me miraba con una sonrisa serena.

—Bienvenido a casa, *Utu*.

SINJANIA. CURSO DE SEGUIMIENTO 2026. EJERCICIO 3. AMIGOS

Intenté recordar. El jardín. Mis amigos. La calma de Sana. El miedo de Jivan. El sabor de las naranjas en una tarde de sol. Una emoción suave me recorrió.

—Fue una interpretación hermosa —dije en voz baja.

An inclinó la cabeza.

—¿Qué es lo que más atesorarás del personaje?

Pensé un momento. No fue la enfermedad, ni el dolor del final, ni el miedo a lo desconocido. Fue el jardín en primavera. La mariposa posándose un instante en el sillón. La calidez de una mano amiga sosteniéndome cuando el cuerpo fallaba.

Miré una vez más hacia la Tierra, muy lejos ahora.

—Haber amado desde la fragilidad —respondí.

An sonrió.

—Entonces tu paso por la escena ha sido un éxito.

De repente lo supe, volvería a sumergirme en cuanto estuviese listo. Tan solo por el privilegio de experimentar la gravedad y habitar un cuerpo breve, vulnerable y hermoso.

Cristina R. Yebra